

el cementerio marino

versión de josé manuel mateo

hace tres años volvía de la ciudad. el atardecer concluyó de pronto y la oscuridad se dejó caer en la autopista. entre los archivos de canciones sonó una voz oleaginosa que comenzó a llenar el habitáculo del auto. de pronto empecé a entender algunas palabras, a llenar los huecos sin proponerme la comprensión de lo audible. sencillamente ocurría. podría decirse que al auto lo manejaba un ciego cinematográficamente orientado por los sonidos ajenos. avanzaba, avanzaba, pero las palabras extranjeras, en lugar de quedarse atrás junto con el resto de las cosas, persistían y se acumulaban en la cápsula de oscuridad que seguía hacia adelante a 28 metros por segundo. **ayotzinapa**, dije. pero no. la lengua que sonaba era otra. “me sentía yo como mi **sombra**... me sentía una sombra prisionera, y, sin embargo, me identificaba por momentos con cualquiera de aquellos estudiantes que escuchaban y anotaban, y que, de vez en cuando, miraban, sonriendo, a esta sombra cuyo poema, estrofa por estrofa, su maestro leía y comentaba...”. estas palabras de Valéry entraron en mi cabeza hace tres años, cuatro años después de aquella noche prematura; sin embargo, explican para mí la conducción simultánea del auto y la comprensión ciega de **El cementerio marino**. el sustantivo del título se desagaja en mi cabeza desde entonces, lo mismo si lo encuentro en las películas que en los montajes y exposiciones, en poemas o libros explicativos. y yo que soy una sombra sin manos para escribir, me detuve para no caer en las reiteraciones y asociaciones fundadas en la etimología de ayotzinapa. y lo sé porque soy un extranjero para los nahuales, cualquiera que éstos sean, a pesar de mi abuelo, que un día dejó de hablar su lengua para siempre. o tal vez precisamente por ello. pero a mi abuelo le golpearon la boca porque se negó a hablar para entretener. yo tampoco deseo entretener ni traducir. sencillamente la ceguera veloz que ya cumple tres años no se detuvo y siguió sonando **ayotzinapa** en los versos de un hombre muerto que sigue hablando a

través de la sombra. ¿cómo decirle algo a esos estudiantes, a esos muchachos que siguen sin aparecer? ¿cómo manifestarse con sinceridad frente a quienes sufren su ausencia y los buscan como tantas madres buscan también a sus hijas? no encuentro la manera. pero eso no implica que no exista o que los demás no la encuentren. en **El cementerio marino** quedó condensada la experiencia de un hombre que reconstruyó su vida afectiva e intelectual tal como le fue impuesta por su tiempo. él asociaba su adolescencia con la luz y con el mar. un poema es un destello y “un destello es recuerdo de los ausentes”, decía. ofrezco por eso esta vislumbre y el deseo de que ausentes y presentes se hallen a salvo de “sueños vanos, ángeles curiosos y de las prudentes palomas”.

*

i

cruzan las palomas el cielo tranquilo
que, entre los pinos, entre las tumbas, pulsa.
en la hoguera del mediodía el mar,
el mar, vuelve y comienza perpetuamente.
un pensamiento y después la recompensa:
demorarse en el sosiego de los dioses.

ii

el puro mecanismo de los relámpagos
quema diamantes de imperceptible espuma.
y qué paz en apariencia concebimos
cuando el sol gravita encima del abismo
—honestas labores de una eterna causa—,
el tiempo destella y el sueño es saber.

iii

cúmulo de calma, óptimo tesoro,
templo de minerva, sencillo depósito,
agua parpadeante, ojo que almacenas
tanto sueño bajo el velo de las flamas,
silencio mío, edificio del alma,
cubierta de mil tejas doradas: cielo.

iv

templo del tiempo cifrado en un suspiro,
a tu pureza llego con mi visión marina
y me acostumbro a tan singular altura.
y, como si fuera mi ofrenda a los dioses,

el sereno resplandor sobre lo alto
esparce su indiferencia espléndida.

v

cómo la fruta se deshace en el goce,
cómo en la boca se desvanece y muere,
y vuélvese delicia la forma ausente.
entonces aspiro mi futuro aroma
y para el alma consumida el cielo
canta el rumor de este cambio de orilla.

vi

auténtico cielo, bello cielo, mira
cómo cambio después de tanto orgullo,
de tanta ociosidad sin sentido; hoy
poderosamente me doy al espacio:
sobre las casas de los muertos mi sombra
pasa y me rinde a su frágil movimiento.

vii

las antorchas del solsticio son mi guía:
mi alma defiende la maravillosa
justicia de la luz contra la milicia
impía; ¡mira! te devuelvo sin mancha,
pero una luz que hasta su origen regresa
su apagada mitad de sombra supone.

viii

por mí, para mí, en mi soledad sola,
en el centro, en las fuentes del poema,
entre el vacío y el acontecimiento
espero un eco del fondo de mi alma
—amarga, sonora y sombría cisterna—,
el llamado de una oquedad por venir.

ix

¿sabes, falso cautivo de los follajes,
ávido golfo que magros enrejados
consume: sobre mis ojos ya cerrados,
qué cuerpo me impone su final pereza,
qué lado me trae al suelo de este osario?
un destello es recuerdo de los ausentes.

x

cerrado, sagrado, flujo incandescente,
fragmento de tierra en ofrenda a la luz,
estoy a gusto en tu dominio de antorchas
compuesto de oro, de piedras, de árboles
sombrios, donde tanto mármol trema
y duerme fiel sobre las tumbas la mar.

xi

cierra el paso a los paganos, perra espléndida,
cuando solo, con sonrisa pastoral,
pase tiempo con mi rebaño de tumbas,
blanco tropel de misteriosos corderos;
guárdame también de sueños vanos, ángeles
curiosos y de las prudentes palomas.

xii

llegado aquí, lo porvenir es inercia.
escarba el limpio insecto la tierra seca.
todo está confundido, quemado en aras
de yo no se qué sustancia inflexible.
mas ebria de ausencia la vida se ensancha,
lo amargo es dulce y el espíritu claro.

xiii

se encuentran bien los muertos bajo esta tierra
que los reconforta y seca sus misterios.
arriba es mediodía; la hora inmóvil
piensa para sí y conviene ante sí...
íntegra cabeza, perfecta diadema,
yo soy en ti misma el cambio secreto.

xiv

me tienes para dominar tus temores;
mis dudas, arrepentimientos, deberes
componen la falla de tu gran diamante.
pero en su noche de pesados mármoles
un pueblo extenso, entre raíces de árbol,
ha tomado tu partido poco a poco.

xv

en espesa ausencia todo se disuelve;
en arcilla roja queda la blancura

del hueso, y es la vida el don de las flores.
¿pero en donde las palabras de los muertos,
el arte propio, las almas singulares?
hilan los gusanos el llanto reunido.

xvi

el agudo regocijo adolescente,
los ojos, los dientes, húmedos párpados,
brasa interna de los fascinantes pechos,
sangre convertida en labios que fulguran,
secretos dones y dedos que los guardan,
todo bajo tierra empieza otro juego.

xvii

¿y tú, esperas todavía un sueño
que no tenga los colores del engaño
y ante la vista muestre ondulación de oro?
¿cantarás de veras cuando te sublimes?
todo es liviano, mi presencia porosa
y la santa impaciencia muere, incluso.

xviii

menuda inmortalidad negra y dorada,
consolación terriblemente triunfante
que haces de la muerte un seno maternal,
una linda mentira y un ardid blando.
¡quién no conoce y quién no rechaza
este cráneo vacío de risa eterna!

xix

padres insondables, solitarias cabezas,
que bajo el peso de tantas paletadas
nuestros pasos incorporan a la tierra,
el genuino roedor, el claro gusano,
no se ocupa de quien duerme como ustedes:
¡vive de la vida y no me deja en paz!

xx

¿es el amor? ¿el odio por uno mismo?
su diente secreto está de mí tan cerca,
que todos los nombres se ajustan a él.
¡no importa! ve, sueña, desea, me toca...
tanto le gusto que aun sobre la tierra
mi carne será para este vividor.

xxi

inhumano zenón, cruel zenón de elea:
me atravesaste con tu flecha alada
que vibra y vuela de facto, ¡mas no vuela!
su rumor me alumbra y su punta me mata...
y bajo el sol, ¡qué silueta de tortuga
dejas al frente de aquiles el inmóvil!

xxii

no, no... ¡de pie! ¡y que venga lo que sigue!
venza mi cuerpo esta forma reflexiva.
que beba mi pecho el viento del origen:
una frescura exhalada por el mar
me devuelve el alma... salado poder...
¡voy al feliz esparcirse de la ola!

xxiii

sí, vasto es el mar dotado por delirios,
piel de pantera, clámide traspasada
por miles y miles de ciclos solares,
hidra absoluta, ebria de tu carne
azul, te muerdes la deslumbrante cola
en un tumulto parecido al silencio.

xxiv

sopla el viento... ¡hay que aspirar a la vida!
abre y cierra mi libro el aire inmenso...
hace surgir la ola polvo de rocas...
levanten el vuelo, deslumbradas páginas...
¡rompan, olas, rompan con agua radiante
el manso techo espoleado por las velas!